



DE RAMON CORRAL A IGNACIO BONILLAS.

LA OBCECACION DEL GOBIERNO Y LA GUERRA CIVIL.

(De «EL MONITOR REPUBLICANO.»)

Mientras no se conozcan otras causas de índole superior, se seguirá afirmando que la oligarquía porfirista, llegada a su máxima energía cuando el caudillo creador de ella se abatía de viejo, vino a rodar a los abismos de impotencia y de deshonra más grandes cuando los intereses económicos de los sostenedores del régimen llevaron su orgullo hasta el límite de la ceguera irremediable y consumaron la imposición fraudulenta de don Ramón Corral, imposición que resultaba indispensable para la consolidación definitiva de los intereses vitales del cenáculo de oligarcas que constituía el grupo ornamental de bronces de aquella época, de los que eran el sostén de Porfirio Díaz, el espejo embustero que agigantaba la estatura del caudillo, y, al mismo tiempo, la legión voraz de sanguijuelas chupando las glorias de la Carbonera y de Tecoac, no en las piernas de don Porfirio, sino al pie del pedestal político relleno de millones de pesos, fruto de treinta años de correcta tiranía administrativa.

El porfirismo de los últimos tiempos era el nombre convenido de las grandes riquezas en actividad bajo un régimen protector: el porfirismo era la cara satisfecha, redonda, trasudando ganancias de diez por ciento, del capitalismo tranquilo detrás de un sable omnipotente, hábil para matar el microbio socialista en el vientre mismo de los obreros, listo para agujerear todas las urnas electorales y hacer escurrir la democracia como un flujo purulento de la plebe, enferma de miedo y de debilidad. El porfirismo se sintetizó en los privilegios a la casta circundada en las ceremonias del círculo de amigos, al final de cada banquete, a la casa de los negociantes que habían hecho un bazar del mismo gobierno a espaldas de treinta mil soldados ocupados en levantar levas para matizar con lágrimas los cuadros de los batallones en descanso y aterrorizar al pueblo; privilegios otorgados frente a frente de veintisiete gobernadores de los Estados, hartos de rapacidades, estragados por el ejercicio del caciquismo llevado hasta el sadismo asesino.

El porfirismo de 1910 se consideraba reinando en México como un dios pagano, entre la devoción delirante de los elegidos y sobre las cabezas para siempre humilladas de los réprobos: era Porfirio Díaz en el gobierno autocrático de un pueblo de eivismo desconocido, como un Júpiter sombrío en un silencioso Olimpo regado de piedras, llevando en la diestra todos los rayos del poder, de la cólera y de la luz representados por los comerciantes, por los banqueros, por los hacendados, por los industriales, por los magistrados, por los curas, por los profesores, por los soldados, por los empleados, por los es-

pías, por los lenones, por los tahures, por las prostitutas... por todo lo bueno o lo malo que significara poder. Y en aquellas condiciones, el porfirismo podía esperar que el desconocido pueblo mexicano pasara por la imposición fraudulenta de Ramón Corral, sobre todo si este nombre antipático lograba ser engastado como una nota corchea en cualquier himno cojo de los que entonó la batahola de bacantes cuando en los días del Centenario de la Independencia Nacional destrozaron los tímpanos de Europa al romper en fanfarrias heroicas, vocalizadas en tonos de epopeya, a las plantas del "Héroe de la Paz."

Y sin embargo, el fracaso político de los grandes intereses económicos del porfirismo causó la tragedia más larga y dolorosa que registra la historia de nuestros esfuerzos por la civilización; echó por tierra a todos los poderosos de la época, infamando sus nombres que ahora se pronuncian como una maldición para aquellos tiempos sobre cien mil tumbas abiertas de campesinos revolucionarios.

Es que el grado ínfimo de cultura a que el pueblo mexicano ha podido llegar, trabajosamente, arrastrándose como una larva por los sombríos pasadizos de una escuela pública enfermiza, cadavérica, sacudida por las tercianas del clericalismo cogidas en la pantanosa moral de los seminarios; en la escuela pública esquelética, hija de la tesis económica de los municipios en bancarrota crónica; el pueblo mexicano ha podido, no obstante, percibir siquiera remotamente una relación entre su instinto de vivir como un rebaño sin lobos y el ejercicio de su soberanía mediante la elección de su gobier-

no. La práctica del sufragio entre las clases inferiores de la sociedad, que por este mismo motivo se vuelven las clases superiores, tiene la equivalencia de un refugio contra la tiranía fiscal de los impuestos, contra la tiranía política de los caciques, contra la fúnebre tiranía de las levas y contra la abyección moral de verse obligados los pueblos a respetar el principio de autoridad en los ladrones, en los asesinos, como en satánicas personificaciones de la exigencia de vivir bajo una organización social cualquiera.

La clase popular que actualmente es el sostén de la efectividad democrática, ha sabido llegar a la conciencia cívica, que es la virtud angular de los regímenes representativos, después de haber sido sometida a las pruebas más categóricas del hierro y del fuego de los despotismos; después de haber sido aeribillada por todas las flechas de todos los ejércitos del vandalismo político hecho autoridad; después de haber sido martirizado durante siglos en el sangriento picadero de donde salen a la arena de las matanzas fratricidas las más indomables rebeldías.

Don Ignacio Bonillas es para el pueblo mexicano otro Ramón Corral, con la diferencia de que no se le quiere imponer fraudulentamente por una oligarquía poderosa con sesenta millones de pesos en las arcas del tesoro público; por un cuerpo de gobernadores de los Estados que obedecían la batuta del centro como un coro de teatro, sonriendo al público; por una oligarquía inteligente que maneja-

ba a la casta burocrática como un sultán a sus mujeres; que tenía extendida por todo el país una red inmensa, de mallas de acero, para aprisionar todos los grandes negocios de la banca, de la industria, de la minería, de la agricultura, del comercio, del agio: de una oligarquía que daba lustre a sus crímenes con todas las manifestaciones artísticas y literarias; de una oligarquía que se lavaba las manos antes de robarse una hacienda; que asistía a su paseo en el teatro, pulera y deslumbrante, a escuchar la Novena Sinfonía de Beethoven después de haber hecho llorar a todas las madres de un pueblo de indios usurpando las tierras comunales; pero que para encubrir sus deshonras había sabido corromper previamente a las juventudes, signándolas con un puñado de ceniza en la frente, quemándoles los labios con el carbón sagrado de un empleo administrativo o político en las más altas cumbres burocráticas.

Mas ahora se pretende imponer a Bonillas por un gobierno en bancarrota de naufrago, cuyo crédito exterior no llega a una peseta; por un gobierno aislado de la opinión revolucionaria y aborrecido por la antirrevolucionaria; por un gobierno que no tiene a sus espaldas los grandes intereses conservadores del capital, ni del clero, ni de los políticos progresistas, ni de los reaccionarios; por un gobierno sin arraigo en ningún orden de intereses, de doctrinas, de ideales, de lirismos o de embustes; por un gobierno sin colaboradores, expuesto a ser burlado por quienes, más que al gobierno, adulan a los diez meses que le quedan de distribuir canongías de cuarto orden; por un gobierno político inferior

a los gobernadores de Estado que tienen frente a sí una vida constitucional más larga; en suma, por un gobierno que nada tiene para ofrecer a sus instrumentos políticos, cortada la tela de todas las dádivas por la tijera constitucional de la no reelección.

Por ellos la imposición de Bonillas no es una empresa de políticos, sino un sueño trágico de locos; una angustiosa pesadilla de los que ven las elecciones libres y sufren mareos como que van a caer desde la cumbre dorada de un empleo hasta el abismo de la cesantía más negra.

La imposición de Bonillas llevaría al país al desastre de la guerra civil con la velocidad de un planeta desbocado; con la misma velocidad con que atraería sobre nosotros el famelismo de todas las naciones del mundo, salidas de la guerra europea con las fauces resecas, dispuestas a apagar su terrible sed de combatientes bebiéndose, en un solo sorbo de sus escuadras, todo el petróleo de Tampico. Si la imposición de Corral fué un fracaso de los grandes intereses organizados del porfirismo, la pretendida imposición de Bonillas sería un fracaso siniestro, preñado de catástrofes definitivas de nuestro decoro nacional, de nuestra vida de pueblo civilizado.

Y sin embargo, el gobierno está abrazado a este porvenir de tragedia, con la emoción sentimental de un enajenado desposado con la fatalidad.